



La boda

Per Rosa Mellado

Hoy me toca hacer una visita al juzgado de paz. No soy la protagonista ni tampoco me van a juzgar, pero sí soy alguien muy importante. Cuando empezó el año, ni por asomo imaginé lo que estaba a punto de sucederme, ese cambio brutal que iba a llenar una parte vacía de mi vida. Todos y todas tenemos un hueco que hay que rellenar.

Nunca pensé que fuera a encontrar una amistad tan sincera como la de esta muchacha, especial en todos los sentidos y muy afín a mí. Al recordarlo me parece imposible que nuestra amistad empezase con una simple mirada. Ambas sentimos que congeniábamos, como si el destino nos hubiera puesto enfrente una de la otra. Porque ella necesitaba en ese momento a una persona que la comprendiera, la escuchara y aconsejara. Yo, por mi parte, necesitaba el cariño de una hija. Sería así o no, pero el caso es que así acabaría sucediendo. Tenemos muchas cosas en común. En una buena amistad, la edad no importa. Yo soy bastante mayor que ella, pero el tiempo no significa nada. A ella le encantan mis actividades, que son varias, y mi forma de ser. También es muy activa y creativa. Incluso hemos llegado a pensar en realizar un proyecto conjunto que, de momento, está en el aire, pero puede ser una realidad más adelante.

Nos conocimos el mes de marzo de este mismo año, hace nueve meses, como si de un embarazo se tratase. Parecemos almas gemelas. En este corto tiempo hemos compartido momentos únicos, unos buenos y otros no tanto, y hemos superado obstáculos. Han sido tantas cosas: secretos, sueños y diversión, juegos con la pequeña. Como una fantasía, pero real.

Hace un día espléndido, no podía ser mejor. Ella se lo merece por todo lo que ha llegado a pasar.

Me visto elegante. La ocasión así lo requiere. Pantalón acampanado de color oscuro, blusa plateada que resalta mi figura, como si de una artista se tratara. Un buen abrigo me cobija. Tras unas semanas de nervios y preparativos, por fin llega el tan esperado día para mi amiga. Son las doce en punto, mediodía. Ya en el juzgado, vamos entrando invitados, fotógrafo, novio. La dama de honor es la pequeña, que lleva las alianzas de sus papás. El señor juez nos espera en una sala muy espaciosa, con mucha luminosidad.



Hace su entrada, triunfal, la novia. Lleva un ramo muy bonito, vestido largo, elegante. Va sencilla y preciosa, cogida del brazo de su orgulloso y feliz padre. Cuando pasa a nuestro lado, nuestras miradas se cruzan de nuevo, esta vez con alegría y complicidad. ¡Cómo no quererla! Nos unen el corazón, las buenas vibraciones y una conexión tan bonita que ya no se romperá nunca este lazo que nos ha unido.

La ceremonia transcurre felizmente, con un señor juez súper simpático que hace que el acto resulte muy ameno. Todos salimos satisfechos y con una sonrisa. Cuando le pregunto a la novia si está nerviosa, ella me dice que no. Pues perfecto, sigue así. Las cosas más bonitas de la vida pasan casi siempre cuando no las esperamos. Fin, pues, de la primera parte de la magnífica boda de mi querida amiga.

Ya en la calle, como manda la tradición, les echamos arroz y pétalos de rosa cuando cruzan la puerta. Hacemos la correspondiente foto de grupo y llega la hora de emprender el camino hacia los jardines de Terramar, en Sitges, para el reportaje fotográfico. Una pasada. En cuanto llegamos, cielo azul, sol brillante. Rodeados de vegetación y en buena compañía, estamos todos felices y contentos.

La sesión resulta impresionante, como si fuese el rodaje de una película con nosotros como actores y actrices y los novios como grandes protagonistas. Nos pidieron que hiciésemos una serie de poses y demás. Fue fantástico, súper divertido. Un pequeño dron se encargó de grabarnos. Nunca habíamos vivido algo tan espectacular. Estamos deseando ver ya el vídeo montado. A continuación, emprendemos el camino al restaurante mientras los novios continúan con el espectáculo fotográfico.

Mientras tanto, los invitados degustan un pica-pica abundante, variado y rico, al que no le falta de nada. La espera se hace de lo más amena. Nos pone en una mesa alargada con una especie de árbol (digamos que un bonsái) cada metro y medio del que cuelgan unos buenos embutidos.

Llegan los novios y son recibidos con júbilo. Empezamos con el plato principal. Cada invitado elige lo que le apetece, pero muchos de ellos, hartos ya de comer, se lo acaban llevando a casa tal y como sugiere un camarero muy amable. Increíble pero cierto, así fue. A tope de comida.

Por último, llega la tarta nupcial. Tiene gracia, pero para el postre siempre queda un hueco. Antes de que probemos la tarta, se pronuncian palabras muy bellas y emotivas, hasta el punto de conmover a los ya marido y mujer.



Después de que lo invitados reciban un pequeño obsequio, llega la hora de la música. Todos bailamos. No hay ningún músico, pero ni falta que hace. Los novios conectan sus teléfonos móviles a una especie de altavoz de forma cilíndrica con Bluetooth y cantamos y bailamos hasta el anochecer, porque el personal del restaurante no deja quedarnos hasta más allá de lo acordado. Además, tienen una impresora Kodak que saca las fotos impresas en color al momento

Una boda espectacular, divertida, perfecta y llena de felicidad. Se dice que todas las bodas son bonitas, especiales, únicas. Es cierto, pero a mí me maravilló y me hizo más feliz que en ninguna otra sentir que formaba parte de este pequeño grupo de familiares tan bien avenidos, sin que se divisase ninguna falsedad o envidia, solo cariño y amor.

Para mí, este 29 de noviembre de 2024 queda para siempre grabado en mi memoria. Soy esa amiga que Sara, la novia, ha encontrado en su camino, y tanto ella como su hija y su marido van a poder siempre contar conmigo.